

bailarina se retira, parece que se sale de un ensueño, volviéndose á la dura realidad para hallar más feo, más pequeño y miserable todo lo que nos rodea.

Y si después de haber gozado de esa abstracción superior volvemos á la realidad para entrar en uno de esos teatros donde la «sicalipsis» retuerce sus anillos inferiores, en la contorsión macabra de sus gestos y sus frases, un sentimiento de disgusto nos invade, la comprensión de que el hombre se pervierte para constituirse un elemento de degradación nos llena el alma de amargura.

Y al ver esos dicharachos aplaudidos, esas semidesnudeces provocativas celebradas, recordamos que hay más pureza en el acto sencillo de la desnudez triunfal, erguida como una demostración de arte vivo, que en toda esa miseria de las frases truncas, en que rudos gestos subrayan la obscuridad del pensamiento.

El crimen colectivo

El asesinato de esa pobre mujer cuyo cuerpo fué hallado en la vía pública, dentro de un saco, viene á remover todo un grave problema de moral colectiva, reproduciendo en el ambiente de Buenos Aires los términos difíciles en que ya anteriormente se había manifestado en otras ciudades, como ésta «civilizadas».

El autor del crimen, ese muchacho de 19 años, víctima de un destino terrible, pagará dentro de poco la falta cometida. La justicia, severa y cruel, no dejará de hacer sentir todo el peso de sus leyes y de sus códigos sobre ese desgraciado que nadie tendrá el coraje de defender. Para él será todo el rigor de la letra, mientras que nadie tendrá la audacia de ir hasta el espíritu de las leyes para aplicar el condigno castigo al verdadero criminal.

Yo no quisiera que se viera en mis palabras una exageración lírica del sentimiento de humanidad; yo deseo que se sienta en ellas toda la gravedad de las cosas justas, cuando afirmo mi absoluta convicción de que ese hombre, por bárbaro que sea el crimen cometido, no debe de ser castigado por la justicia sin que la sociedad se sienta herida por el mismo golpe, ofendida por el mismo estigma.

La descripción que del criminal nos han hecho algunos cronistas policiales, hábiles en mantener la malsana curiosidad del público, es altamente

dolorosa. Pocas veces los estigmas degenerativos se habrán hallado en tan grande número en una sola persona, como demostrando que en la bárbara ejecución de su crimen ha mediado una circunstancia más poderosa que la de su exclusiva voluntad.

El aspecto físico del delincuente, repugnante en grado sumo, se complica con la relación de sus antecedentes, en los que aparece con irrefutable claridad la gran parte que de su culpa puede ser atribuída al medio social y al abandono lamentable de que ha sido él la primera víctima y en que ha nacido y crecido, haciéndose hombre en un ambiente de barbarie que ha llegado á saturar su espíritu de crimen y de mentira.

Su abuela murió loca. Su madre fué una prostituta de baja estofa que huyó con un amante, después que éste hubo dado muerte al marido, yendó á morir también ella en las manos del mismo criminal, en una noche de embriaguez y de locura. Nacido en ese ambiente, criado en la miseria moral de semejante medio, el criminal de hoy se vió lanzado, niño aun, al torbellino de las malas pasiones, sin una mano que fuera á la vez que un consuelo una esperanza de redención.

Para esos seres de desgracia, que no pudieron decir á sus padres «que amasaran sus carnes con azucenas», en la frase del poeta; para esas víctimas de un destino completamente adverso, que no tuvieron nunca la más leve aspiración de bondad, porque nadie bajó á su abismo á enseñarles que había bondad en el mundo, ¿qué medidas puede adoptar, legalmente, dentro de toda justicia, esa sociedad que considera una ofensa el delito individual, cuando ella misma practica el delito colectivo del abandono?

El hombre no nace malo como pretenden las enseñanzas bíblicas, ni es, tampoco, fundamentalmente bueno, como afirman los Rousseau. El hom-

bre no es más que un producto del medio en que se desarrolla, y si, á veces, por extraña é incomprendible alquimia de dolor y de esperanza es posible ver surgir un lirio en un pantano, lo más lógico es que todo cuanto el pantano produzca traiga en sí los gérmenes deletéreos del medio en que ha surgido.

Así, este pobre muchacho, que se ha visto abandonado á los seis años de edad, lanzado á la calle para sufrir toda la dolorosa tragedia de los pájaros sin nido, debía caer á la postre en el abismo del delito, con toda la inconsciencia de lo natural, sin darse cuenta de que con su acto no hacía más que ratificar la dolorosa sentencia que se le había impuesto al nacer.

Hay, pues, en él, toda la irresponsabilidad requerida por el sentido lógico de las cosas, ya que no basta la responsabilidad legal, tal como pueden entenderla los encargados de aplicar la ley, sino que es necesario salir de los estrechos límites en que se pretende encerrar á la verdad, para llevar á la justicia humana el necesario contingente de filantropía, mezclado con un poco de esa responsabilidad que los hombres olvidan.

Es indispensable comprender que no solamente el estado de embriaguez ó de locura pueden eximir de la pena impuesta, sino que las consecuencias lamentables del abandono y de la ignorancia en los hijos de la miseria, pueden constituir para ellos, no sólo la irresponsabilidad de actos entre los cuales se ha formado su espíritu, como también una especie de derecho para exigir de la sociedad el cobro de esa misma deuda, la compensación de todas esas miserias padecidas, de todos esos dolores sufridos y, sobre todo, de todas esas bellezas que entrevén al pasar, lejos, muy lejos, como si fueran los proscritos del bienestar y de la dicha.

Esas almas abandonadas pueden incurrir en

el delito, pueden vivir en perpetua coyunda con el crimen, sin que sientan el más leve remordimiento, puesto que ellos no han sido como otros miserables que tuvieron nombre y posición y lo perdieron. ¿Cómo han de saber, ellos, que su crimen es un crimen, que su delito es un delito, que su falta es una falta, si su conformación psíquica está moldeada por esas ideas que son la excepción en los demás de los hombres?

Si á ellos no se les ha enseñado nunca que la bondad existe, y si, sobre todo, se les ha privado de los medios posibles para llegar á esa comprensión de la solidaridad humana, que es la más firme base de todo lo existente, ¿cómo se les ha de exigir más tarde una responsabilidad imposible, una comprensión del bien y del mal que nadie les ha dado? Pretender eso es un absurdo. Y ellos, dando crimen en cambio de abandono, hacen pagar su falta á la sociedad.

Basta una ligera recorrida por esos barrios lejanos que ciñen á la gran capital como en un círculo de miseria y de podredumbre para comprender cuán grande es la culpa de la sociedad en la proliferación del crimen y del vicio en las conciencias infantiles. Basta ver esas bandadas de pilluelos que pululan por lo infecto de esos cuchitriles miserables, codeándose y familiarizándose con todo lo que hay de malo en esta cosmópolis ruidosa, para comprender que la sociedad tiene una enorme culpa en todo cuanto ellos puedan hacer más tarde; pues si se les abandona, si se les entrega al vaivén de los acasos, justo es que ellos caigan con la inconsciencia dolorosa de los que no pueden saber más; con el derecho, si algún día se les exige estrecha cuenta, de recriminar á los que en el mo-

mento oportuno no les tendieron una mano protectora.

El abandono de la infancia, tal como desgraciadamente se hace en todos los grandes centros de población, donde se creen cumplidos todos los deberes manteniendo media docena de asilos tan lujosos cuanto inútiles, se traduce en analfabetismo, en vagabundaje, en alcoholismo prematuro, en mentira, en crimen.

Hay en esta capital un barrio cuya fama corre pareja con el famoso East-End de Londres, verdadera manigua plantada al margen de una civilización y en la que florecen los árboles más venenosos y se guarecen las fieras más peligrosas, barrio de ladrones, antro de criminales cuya permanencia al lado de los lujos y grandezas porteñas supone un insulto hecho á la cultura argentina. Pues en ese barrio, donde la policía suele encontrar el hilo capaz de guiarla por el enmarañamiento del más intrincado laberinto, hay millares de niños, criándose en tal ambiente como pudieran hacerlo jóvenes lobeznos cerca del redil amenazado.

¿Por qué la autoridad, si verdaderamente es la defensora y la cuidadora del individuo y de la masa, ya que carece de medios para suprimir de un solo golpe todo ese plantel de vicio, por qué no cuida de esos niños, por qué no evita que ellos vivan en semejante ambiente, facilitándoles el medio necesario para dignificarse?

Si al demente se da un curador ó se le encierra; si al criminal se le encarcela y si á unos y á otros se les priva del derecho de gobernarse y de regir su familia, ¿por qué á todos aquellos cuya vida tienda á la inmoralidad, al vicio ó al crimen no se les pone en igual trance?

La mujer que ha incurrido en una falta ó que hace vida deshonesta no puede tener á su lado á sus hijos, y esto es muy justo; pero, en cambio, se permite que toda una casta aparte, de ladrones

y de criminales, al margen de la sociedad, haga su vida vulgar, manteniendo á su lado á millares de niños, que así reciben las enseñanzas malsanas de sus progenitores, amenazando á la sociedad que les olvida con la continuidad de esos mismos crímenes.

De ese barrio sale esa casta de criminales que luego llena las celdas de los establecimientos penales, pesando sobre la sociedad como una amenaza y una vergüenza, como una amenaza que se espera ver salir detrás de una esquina cuchillo en mano; como una vergüenza, porque lo es para un pueblo civilizado la existencia de tales tipos de degeneración en su seno.

Si hay sociedades filantrópicas, si el Estado mantiene asilos y casas de corrección, lo más lógico sería que en vez de dedicarse todos los cuidados á la represión de los crímenes, se ejercitaran en el sentido de evitar la propagación de los criminales. Bastaría para ello cuidar de la infancia, alejar de ella todo cuanto pudiera ser favorable al desarrollo de las malas pasiones.

Por una ley de alta previsión, noble y humanitaria, aun cuando pudiera parecer cruel á los exageradores del derecho individual, bastaría recoger todos los niños que nacidos en medio de miseria y criados en un ambiente de mentira y de delito constituyen un grave peligro futuro; separarlos de sus progenitores, aislarlos en absoluto de todo cuanto pudiera ser en ellos un despertamiento del atavismo criminal y devolverlos á la sociedad, transformados en hombres sanos, fuertes, útiles.

No se necesitarían más asilos de los que ya existen. Y, aun, quizá, convendría destruir algunos de los actuales. La población infantil, aislada, debiera estar en el campo, en la sierra, en la playa, en contacto con la naturaleza, para que el aire libre purificara su sangre y les aliviara de todos los estigmas de la miseria. Colonias de ni-

ños, no como se ha hecho en Europa, para los ya delincuentes, sino para los que pueden llegar á serlo, en virtud de su continuo trato con gente maleante, en virtud de su propia miseria física y moral.

Si esto se hiciera es de creer que disminuirían los delitos con el andar de los tiempos, ya que en la forma actual todo hace pensar en una más amplia criminalidad futura.

Véase la inconsciencia con que el autor del crimen se ha confesado hace pocos días al juez. ¿Esa inconsciencia no dice nada? ¿No demuestra que ese hombre, cuyos 19 años no se sospecharían al través de su vida de miseria vergonzosa, considera como un hecho nimio el de haber dado muerte á la mujer que fué hallada dentro de una bolsa? Falta en ese cerebro el equilibrio de la razón y del sentimiento; pero ese equilibrio no puede existir en él; porque nadie ha hecho que existiera, nadie se ha empeñado en llevar un poco de luz á ese cerebro, un poco de pan á ese estómago, un poco de amor á ese corazón.

Criado entre fieras y fiera también él por la costumbre, ¿qué otra cosa ha de hacer en la inconsciencia de su ignorancia que sacar las garras y matar, porque sí?...

Bárbaro fué el crimen de ese individuo; pero más lo es el de la sociedad al consentir que tantos millares de niños continúen en ese ambiente, plantel de delincuentes, verdadero crimen colectivo que nada excusa ni perdona.